

REVISTA LIBERIA

Hispanic Journal of Cultural Criticism

ISSN 2325-2723 #1 2013

“Forcada. *El secreto de la reina virgen*: el espionaje en tiempos de Felipe II a través de la novela de capa y espada”

Vanessa Rodríguez de la Vega

Resumen: Es común en los anaqueles de las librerías encontrarse con obras cuyo principal elemento es el trasfondo histórico. Al parecer, dicha tendencia se ha forjado durante la última década del siglo XX y la primera del XXI, donde la ficción histórica comienza a demandar un hueco dentro de la crítica, que hasta ahora, se ha negado rotundamente al estudio de este tipo de narraciones debido a su controvertida calidad literaria. Dentro de esta conjunción de la Historia y la ficción, se producen obras que vienen a reflejar el modelo clásico presentado por Sir Walter Scott o bien representan una continuación de la nueva novela histórica latinoamericana, delimitada por Seymour Menton; por contra en otras ocasiones, suponen un producto pastichado propio de las tradiciones posmodernas que imperan la creación de nuevos modelos literarios que reclaman un lugar dentro de la crítica ante un mundo cansado por la regencia de las convenciones clásicas, propias del modelo moderno. En el caso de la novela que se desarrollará a continuación, *Forcada, El secreto de la reina virgen* (2007), su autor Carlos Carnicer rescata la tradición del subgénero de capa y espada y la novela de aventuras con el propósito de ofrecer una visión del enfrentamiento entre católicos y protestantes durante el reinado de Felipe II. Durante el siglo XIX, subgéneros como el de capa y espada vinieron a suponer la continuación de la clásica novela histórica del bardo escocés y hoy en día se desempolvan—como ya hiciera Arturo Pérez Reverte con su consagrado héroe Alatraste—para ofrecer una nueva imagen de uno de los periodos más exitosos de la Historia de la península ibérica.

El siglo XIX es testigo de un tipo de género literario que revolucionará el campo de la historiografía gracias a las novelas del escocés Sir Walter Scott. A su vez ese nuevo género abrigado bajo el trasfondo histórico, dará lugar a la aparición de diferentes subgéneros como es el caso de la novela de capa y espada. Este nueva modalidad histórica auspiciada bajo el estilo del bardo escocés, crece con fuerza en los territorios galos donde ya se habían consagrado siguiendo los preceptos de Scott importantes autores como Vigny, Víctor Hugo o el propio Balzac con obras como *Cinq-Mars* (1826) o *Nuestra Señora de París* (1831). De hecho es posible que la denominación de capa y espada que se conoce hoy día, provenga de la novelística del autor galo Ponson du Terrail (Merlo Morat 616). Sin embargo un grupo de autores—cítese Sue, Dumas, etc—aunarán el costumbrismo propio de la novela histórica con un compendio de aventuras dando lugar al subgénero de capa y espada donde al igual que en la narrativa clásica histórica se seguirán encontrando:

[. . .] valores y sentimientos universales [. . .] hechos o circunstancias que se repit[en] en el curso de los siglos [. . .] grandes temas (amor, honor, amistad, ambición, envidia) en tanto que humanos, son iguales en todas las épocas, y es su valor atemporal lo que permite que nos emocione igualmente. (Mata 30)

El trasfondo histórico sirve para ofrecer una y otra vez una serie de valores que se han mantenido impertérritos a lo largo de los siglos y que se rescatan en diferentes épocas pero su ecuación es inalterable. La rememoración del pasado, como señala Carlos Mata, permite que el hombre pueda seguir teniendo esperanza en el presente.

La novela de capa y espada además de hacerse eco de un trasfondo histórico para presentar unos valores humanos que son invariables con el paso del tiempo, trasporta al lector a un mundo de aventuras donde el personaje principal y héroe tendrá que pasar por una serie de obstáculos para salir triunfador en aras de la justicia. En cierta manera puede recordar al héroe épico y solitario que, batalla tras batalla, conseguía derrotar a los malos y restablecer el estatus quo. Podría decirse que este tipo de personajes, encarnan los ideales románticos de heroicidad en el sentido de que son seres solitarios aunque libres, reflejando el modelo de caballero errante que busca, tras sus peripecias, encontrar la felicidad de su amada. En este tipo de novelas la división personajes no va más allá de un maniqueísmo literario donde el lector asiste a los combates entre el personaje que encarna el bien y los que se decantan por complicar sus aventuras: “esa división entre personajes buenos, dadivosos, con alto concepto del honor y de personajes malévolos, diabólicos y perversos. No existe el justo medio entre ambos bandos, de suerte que sus comportamientos conforme avanza la novela van distanciándose y odiándose mortalmente” (Rubio Cremades 277).

Como principales adalides de este subgénero histórico destacan las trepidantes aventuras plasmadas por Alejandro Dumas en *Los tres mosqueros*; Paul Féval, discípulo de Dumas quien publicó en 1857 *Le Bossu*, Michel Zévaco autor de *Les Pardailan* ofrece continuidad del estilo en el siglo XX al igual que la baronesa Orczy con su obra *La pimpinela escarlata* (1925). Otro literato importante que rememora el estilo es Rafael Sabatini¹ quien relanzó este género la década de los años 20 con obras como *Scaramouche* (1921) o *El capitán Blood* (1922); otros autores que

Rodríguez de la Vega, Vanessa. “Forcada. El secreto de la reina virgen: el espionaje en tiempos de Felipe II a través de la novela de capa y espada” *Revista Liberia* 1 (2013) <<http://www.revistaliberia.org/1-2013>>

participan de este subgénero y que son merecedores de reconocimiento son “Cécil Saint Laurent, Juliette Benzoni [o] Anne et Serge Golon” (Santa, “Paul Féval de la novela histórica...” 127).

Para muchos críticos, la predisposición del estilo capa y espada surge de la conjunción de varios géneros como ya se había indicado brevemente—participa del género histórico y del de aventuras: “Su doble obligación genérica le impone en efecto decir a la vez lo inédito de la aventura y el ya conocido de la Historia, es decir, crear peripecia a partir de una trama ya fijada por la doxa histórica²” (Monbert 407). Viene a representar una especie de maridaje estilístico propio del siglo XIX llegándose a conciliar también con el género folletinesco. En cierta manera, la aparición de este tipo de aventuras en tiradas periodísticas, resultaba una práctica bastante en boga para la época. Además, la novela de capa y espada ha llegado a degradarse al considerarse como un estilo popular carente de refinación literaria como alega Jean Yves Tadié³ en el caso de la novela de *Le Bossu* de Feval. Sin embargo, como postula Angels Santa en “Naturaleza del héroe en las novelas de capa y espada (*Le Bossu* de Paul Féval)” es difícil intuir las categorizaciones de novela popular, de aventuras y que el propio Jean Yves Tadié reconoce: “que los límites entre todos los géneros novelescos mencionados son débiles y difíciles de establecer. Clasificar *Les Trois Mousquetaires* de Dumas como una novela de aventuras frente a la denominación de popular, obedece más bien a una opción crítica que a una realidad” (“Naturaleza del héroe. . .” 144).

La trama de las novelas de capa y espada se envuelve por una serie de características que a su vez estuvieron presentes en los géneros decimonónicos

Rodríguez de la Vega, Vanessa. “*Forcada. El secreto de la reina virgen: el espionaje en tiempos de Felipe II a través de la novela de capa y espada*” *Revista Liberia* 1 (2013) <<http://www.revistaliberia.org/1-2013>>

brevemente detallados anteriormente—el género de aventuras, el folletinesco, el histórico—por lo que a veces era posible encontrar obras que mostrasen una hibridez de estilos como sucede con las obras de Dumas donde el discurso histórico fluía correctamente con las aventuras ficticiales. Entre los elementos que se consideran propios de la novela de capa y espada, el lector podrá tener presente la incursión de duelos entre espadachines al servicio del rey o como defensa del ideal aristocrático que se enfrenta a la corrupta monarquía y su entramado. De igual manera, también entra en juego la incursión de disfraces o de diferentes avatares de un mismo personaje con el propósito de crear suspense en la trama. Así, la trama será partícipe de duelos entre embozados; personajes que utilizan sombreros de ala ancha y capa que contribuirán a crear intriga ya que hasta bien avanzada la trama, no se destapará la identidad de estos enmascarados. Obviamente tras la infinitud de obstáculos por los que ha de pasar el personaje principal, se esconde el verdadero objetivo de la historia que es la propia superación del héroe para finalmente, resolver la misión a la cual está a cargo.

Por último, a pesar de que en apariencia muchas de estas novelas ofrezcan simple y llanamente entretener al lector por medio de las aventuras de sus espadachines, en su mayoría esconden una crítica ideológica a la sociedad en la que se ambientan ya que corrompen al individuo: “El novelista pretende ejercer un derecho de crítica radical sobre la sociedad y la política de los notables en nombre de la masa muda del que se hace el portavoz. Crítica muchas veces idealista y sin prolongaciones programáticas y pragmáticas pero con un impacto cierto en la sociedad” (Merlo-Morat 621).

Felipe II comúnmente denominado como el rey Prudente, destacó por una férrea fortificación religiosa en los territorios dominados por la Corona Española. Sin embargo, desde el comienzo de su largo reinado, se encontró con serias dificultades para hacer frente a su empresa tanto dentro como fuera de la península. En el interior, se producía la rebelión de los moriscos de las Alpujarras que pudo ser sofocada gracias a los esfuerzos del hermano bastardo del rey, Don Juan de Austria. Consecuentemente, muchos de los moriscos que poblaban los territorios granadinos, fueron expulsados con lo que se tuvo que producir una repoblación territorial de la zona con cristianos viejos traídos de Castilla. Sumado a la sublevación de las Alpujarras, estaba el constante problema de los ataques berberiscos por partes de piratas enviados por el gran Turco que, asolaban las costas del Mediterráneo, acontecimiento que pudo ser el detonante de la fallida rebelión de las Alpujarras. En el contexto exterior, España mantenía abiertos varios frentes con el fin de evitar la propagación del protestantismo. De hecho, en ese intento por evitar de que llegaran a la penínsulas textos heréticos, la Inquisición ejerció un serio papel para el blindaje de la Corona requisando los cargamentos de libros que traían las galeazas provenientes de los territorios flamencos y venecianos. Tal blindaje contra las prácticas heréticas—dígase el protestantismo o el islamismo—se consumó con varios autos de fe, concretamente dos en la capital vallisoletana; incluso la figura del rey Felipe II se hizo presente en uno de ellos donde se condenaban a varios individuos por su pertenencia al foco luterano de Valladolid.

Felipe II, en su intento por establecer el orden católico, supo aprovechar varios matrimonios con el propósito de afianzar el catolicismo en regiones donde peligraba.

Así en sus segundas nupcias, contraerá matrimonio con María I de Tudor, heredera del reino de Inglaterra, y cuya alianza buscaba reponer el maltrecho catolicismo en las islas británicas como consecuencia de la separación de la Iglesia católica romana y posterior creación de la Iglesia anglicana que había promulgado Enrique VIII. Tras la muerte de María I, accede al trono inglés Isabel I restaurándose el protestantismo de nuevo. La llegada de Isabel a la Corona inglesa dará lugar a un periodo de hostilidades entre ambos países donde la lucha de religiones trasportará las piezas de la batalla al continente europeo en un intento por alcanzar la hegemonía.

En terceras nupcias, Felipe II se casa con la francesa Isabel de Valois, matrimonio fruto del ultimado tratado de Cateau-Cambrésis en 1559. Producto de esta relación que fue bastante bien recibida entre los círculos católicos de los Países Bajos y de Francia, se estrechó el cerco al protestantismo. Sin embargo a la muerte de la soberana francesa, en 1593, Felipe II quiso reivindicar su derecho al trono francés con su hija la infanta Isabel Clara Eugenia, acontecimiento que falló debido a la desestabilización entre los hugonotes partidarios del protestantismo y la Santa Liga de París o Liga Católica dirigida por el Duque de Guisa. España contribuyó al sufragio de las guerras religiosas entre los católicos y los hugonotes partidarios de Enrique de Navarra, quien ostentaba legítimamente su derecho al trono francés. En 1598 se ponía fin a los conflictos por medio de la Paz de Vervins una vez que Enrique de Navarra abjuraba de la doctrina protestante por lo que Felipe II reconocía su derecho legítimo al trono francés.

No obstante, a estas alturas del reinado de Felipe II, los numerosos conflictos en los que la Corona española había sido partícipe, comienzan a hacer estragos en la economía de la nación con lo que el rey no tendrá más remedio que declarar la bancarrota. Muchas de las contiendas en las que había participado España, no habían reportado beneficio sino más bien todo lo contrario como ocurrirá con el desastre de la Armada Española o los frentes en los tercios flamencos. A estas contiendas bélicas, hay que añadir la complicación hegemónica de España en los mares; hegemonía que se vio afectada por las campañas de piratería lideradas (como principales comandantes de la flota de piratas, cabe citar a Sir Francis Drake) por los ingleses que saqueaban los galeones españoles con los preciados cargamentos desde América.

Ante la variopinta variedad de intereses durante el reinado de Felipe II, urgía la necesidad de creación de un cuerpo de inteligencia que pusiera al corriente a la Corona en territorios donde la hegemonía de España peligraba. Será durante este periodo cuando se forje un cuerpo de espionaje que extendía sus redes desde los territorios franceses, pasando por los Países Bajos hasta las islas británicas. Esta especie de diplomacia secreta dependerá del Consejo de Estado localizado en Madrid y presidido directamente por el propio monarca Felipe II quien en la mayoría de las ocasiones podía pedir que se realizaran tareas de espionaje como relata Carnicer García en su libro *Sebastián de Urbizu, espía de Felipe II: la diplomacia secreta española y la intervención en Francia*: “Son abundantes las peticiones de Felipe II al virrey reclamando información sobre la situación y defensa de la ciudad de Bayona con el propósito de tomar una decisión sobre la ocupación de esta plaza francesa” (53).

Dentro de la jerarquía del cuerpo diplomático secreto español destacaba la figura del rey que, como ya se indicó, tenía la capacidad de decidir operaciones de espionaje sin que tuvieran que ser aprobadas por el Consejo de Estado. No obstante, el secretario de Estado también ofrecía un papel destacado dentro del organigrama de la organización pues podía llegar a decidir las razones por las que se reunía el Consejo de Estado así como los asuntos a tratar (Carnicer García 54).

El cargo de Espía Mayor como documenta Carnicer, fue un puesto que se instauró a finales del siglo XVI y recayó en la personalidad de Andrés Velázquez Venero quien solicita el puesto al rey Felipe III en aras de su buen servicio a la Corona en varias campañas militares. A continuación se reproduce la misiva en la que solicita el cargo al soberano:

Para servir a V.md en la ocupación que V.md me ha hecho mrd. de mandarme que tenga con la Inteligencia de los espías y cosas secretas y para poder dar buen quenta de cosa de tanta ymportancia combiene al servicio de V.M. que después de aver mandado V.M dar dineros como a sido servido de hazerlo para este effecto ande V. M que se me de cedula en que V.M. me mande que me encargue desta ocupación honrrandome en ella con dezir de la ymportancia y calidad que hes y de la satisfacion que V.M ha tenido de mi persona para mandarme le sirva y declarando V.md que el dinero se gaste en su servicio en estas yntelegencias no alla de dar mas descargo de una relacion jurada de averlo gastado⁴[. . .]

(Carnicer 63-64)

Una vez concedido el cargo, el propio Andrés Velázquez reclama una serie de funciones para la figura de Espía Mayor como son la “centralización, control y dirección de toda información secreta enviada por los agentes al servicio del rey” (Carnicer 64). Por último, igualmente, solicitaba que fuera competencia suya toda información que proviniese de los virreyes, embajadores y hasta de los secretarios de Estado. Sin embargo, todo este entramado de espionaje estaba concienzudamente organizado respetando unas coordenadas geográficas. Así, dentro de un territorio—dígase Francia, Italia, etc—existían una serie de individuos que colectaban información que pasaba a la persona que encabezaba esa región geográfica. Por ejemplo Carlos Carnicer en *Espías de Felipe II* documenta el caso de Bernardino de Mendoza quien ocupó el cargo de embajador de Inglaterra y que tras ser expulsado de las islas al conocerse su supuesta colaboración en la conspiración de Throckmorton, las actividades de espionaje que se llevaban a cabo en las islas, pasaron a depender de la embajada francesa en París.

Entre las personas encargadas de obtener información destacaba el puesto de espía, término que no era utilizado en la época para denominar a la persona que se dedicaba al mundo de la diplomacia secreta ya que los individuos a cargo de estos menesteres, recibían la etiqueta de “amigos” o de “inteligentes” (Carnicer, *Sebastián de Urbizu*. . . 72). A su vez el trabajo de informante se desglosaba en varios tipos de espionaje que iban desde ser correos, corresponsales, espías captados o enlaces.

El formar parte del organigrama de espionaje durante el siglo XVI obedecía a varias razones que se detallan a continuación y en el caso de algunas de ellas venían a responder a motivos ideológicos o económicos:

Católicos que, ansiosos de una victoria de su fe sobre el calvinismo en Francia, no tuvieron inconveniente en colaborar en calidad de espías [. . .] como forma de rehabilitación judicial [. . .] la ambición económica, la simple avidez de dinero, arrastró a muchos individuos [. . .] [hacia] una forma de incrementar su fortuna. (Carnicer, *Sebastián de Urbizu* 90-91)

Entre las profesiones donde más se dilataba el oficio de espía destacaban la de mercader, la de religioso y soldados o militares que habían participado en varias contiendas militares. Empero la red de espionaje no hubiese subsistido de no ser por el excelente trabajo llevado en la codificación de la información. Durante aquella época, los conocimientos de criptología eran vitales con el fin de evitar que la información que había de llegar a la Corona, no pasase por las manos equivocadas; de ahí que el sistema de codificación o de cifras en las misivas era una de las labores principales y bastante reconocidas dentro de la diplomacia secreta de la época.

Carlos Carnicer publica *Forcada. El secreto de la reina Virgen* en el 2007 comenzando de esta forma la saga del personaje de Forcada. Al parecer, el interés en el espionaje viene a ser el foco central en la narrativa—tanto ficcional como ensayística—de Carnicer ya que previamente había publicado varios estudios sobre el Siglo de Oro del espionaje español que se centra bajo el reinado Felipe II. Entre las obras dedicadas a la diplomacia secreta española cabe destacar: *Sebastián de Arbizu*,

espía de Felipe II. La diplomacia secreta española y la intervención en Francia (1998), *Espionaje y traición en el reinado de Felipe II. La historia del vallisoletano Martín de Acuña* (2001) y *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español* (2005). Con la publicación de Forcada, se abren las puertas a un personaje que será inmortalizado en varias novelas a modo de saga y de esta manera, en 2008 verá la luz la segunda entrega del intrépido espía al servicio del reino español *Forcada. La cruz de Borgoña*.

Forcada comparte una serie de peculiaridades con varios géneros decimonónicos que se han descrito al comienzo de este artículo. En primer lugar, podría señalarse que comparte elementos propios con la novela decimonónica del folletín como se delata de la recreación de un personaje que se predispone a que sus aventuras se plasmen en el papel a través de secuelas o precuelas. En el caso de Forcada se produce la reedición de sus aventuras en un nuevo volumen; no obstante no se ha confirmado si la serie Forcada tendrá una continuación editorial. En segundo lugar, es evidente que Carlos Carnicer hace uso del género de aventuras, de la novela de capa y espada y por ende de la novela histórica ya que como se manifestó al comienzo de esta investigación, la novela de capa y espada se nutría de la de aventuras y del trasfondo histórico.

A lo largo de las próximas líneas se expondrán las características manifiestas en *Forcada* que lo acercan al estilo de capa y espada y que a su vez se ha considerado como una vertiente de la clásica novela histórica practicada por Sir Walter Scott.

Uno de los elementos con más peso en la novela es la reconstrucción histórica que se hace y que trasporta al lector a una trama plagada de elementos propios del espionaje que debió de suceder durante el reinado de Felipe II. La novela se centra en los conflictos religiosos en los que se hallaba inmersa la Corona Española y que podían poner en peligro la hegemonía de Felipe II en el continente europeo. Aunque en ningún momento la novela se ambienta en la península ibérica, el lector es testigo de las guerras bélicas que se suceden en París entre los partidarios de los hugonotes y la Liga, contrapartida católica, comandada por el Duque de Guisa. Posteriormente, Carnicer trasladará al lector a los territorios ingleses en un intento de ofrecer su visión a las revueltas católicas que se sucedían en las islas en contra del reinado de Isabel I declarada protestante. Históricamente, Carnicer ofrece el cautiverio que sufrió María de Estuardo, legítima heredera escocesa, que fue encerrada en el castillo de Sheffield acusada de conspirar—primeramente en la conspiración de Ridolfini y posteriormente en la de Babington—y tramar un intento de asesinato contra su prima Isabel I de Inglaterra. A la llegada de Forcada a los territorios ingleses su empresa comienza a verse favorecida por la causa católica inglesa que trataba de desentronizar a la heredera isabelina.

A la hora de crear un fidedigno entarimado histórico, Carlos Carnicer propone un balance equilibrado en cuanto a la incursión de personajes históricos y ficticios. Como es de suponer, el personaje principal Juan de Forcada es producto de la pluma ficticia, sin embargo es posible que debido a los conocimientos del autor en cuanto a los espionajes de la época, haya basado su personaje en algún importante agente de la

época filipina o en una mezcla de espías. No obstante, es posible que Carnicer tuviera en cuenta al espía Martín Vázquez de Acuña quien fue ejecutado en una de las misiones de espionaje de Felipe II. Otro de los personajes que presenta una condición ficticia es el antagonista de la obra, perseguidor de Forcada y que desbaratará los planes de Forcada: Robledo. Finalmente, el personaje femenino de Clara de Bellegarde tampoco vendría atado a la Historia. Por otro lado, la paleta de personajes históricos que desfilan en la novela también es amplia, destacando la figura del embajador Bernardino de Mendoza, la duquesa de Montpensier, Catalina de Lorena, quien se declaraba partícipe de la Liga de Guisa y era enemiga del rey protestante Enrique III; el secretario de Isabel I de Inglaterra Sir Francis Walsingham; y de manera más difuminada, aparecen los soberanos Isabel I y Felipe II.

A pesar de que en el discurso ficcional aparezcan figuras históricas de primera mano, Carnicer despliega la voz principal en el personaje de Forcada, un personaje que se encuentra a medio camino de la problemática histórica de la época como era la amenaza del protestantismo en Europa para la corona española. Al igual que mantenía Sir Walter Scott, a través de las aventuras del espadachín Juan de Forcada, Carnicer permite el crecimiento de Forcada en la tramoya histórica para reflejar el conflicto religioso de finales del siglo XVI. Sirva de ejemplo, la recreación que hace el autor de las rebeliones entre los hugonotes y los católicos en el París de la época en el segundo capítulo titulado “Buscando a Saúl”.

El personaje del joven Guillaume de Tallenay, hijo del mesonero donde se hospeda Juan de Forcada, resulta interesante debido a que el autor no lo utiliza

únicamente como escudero o ayudante sino que a través de él mismo, el lector puede presenciar su crecimiento no sólo físico sino también cultural y educativo desde su juventud hasta su madurez presumiblemente como ocurrirá en la saga de *Forcada*. A su vez, la aparición de un personaje tan joven que pronto se desprende del cuidado de su tío el posadero, es también común en las novelas folletinescas como describe Merlo Morat:

Esta temática de los niños en busca de sus orígenes, de sus raíces es una obsesión y es casi consubstancial al género con su multitud de niños privados de sus padres, de padres privados de sus hijos y su inagotable búsqueda del pasado con un fin preciso: el de anular el trauma que causó la separación mencionada. (609-610)

Aún a sabiendas de que héroe de la novela, Forcada, tiene adjudicada una misión desde el principio de la novela: infiltrarse en Inglaterra para poder ayudar a María de Estuardo; el propio personaje presenta características del tipo épico heroico algo que era bastante común de encontrar en las novelas folletinescas decimonónicas. En apariencia, Carnicer dibuja un héroe solitario, aventurero, implicado en varias contiendas bélicas pero con un pasado oscuro que le perseguirá a lo largo de la novela. Sin embargo, este pasado oscuro recaerá en la figura del monje Robledo, antagonista del personaje principal y que se presta a un análisis maníqueista del mismo pues en la balanza del bien y del mal, se haya condicionado por el mal. No obstante, la aplicación de un personaje antagonista como Robledo, permite a Carnicer desarrollar un segundo nivel al respecto de la trama que se superpone con el objetivo principal como es

espionaje y la infiltración de Forcada en Inglaterra con los más trepidantes combates entre ambos personajes. De la misma manera, la forma en que aparece este personaje da lugar a que la trama se precipite como ocurre en varias ocasiones sobre todo al final en donde Robledo, una vez que Forcada emprende huida con la reina María de Estuardo, consigue dar con el paradero del espía y desbaratar la fuga en cierta medida. Sea como fuere, el empeño de Robledo por ajustar cuentas con Forcada, traslada al lector a un turbio episodio de su pasado donde debido a sus malas artes en el juego pierde todo el rescate destinado a liberar a sus compañeros apresados en las tarazanas del Gran Turco. Desgraciadamente, allí se encuentra Robledo quien jura dar con el paradero de Forcada y vengarse por aquellos hechos:

De los quince que fuimos presos en las atarazanas de Constantinopla por seguir su consejo, tan sólo cinco quedamos con vida después de sufrir tantos rigores y llegamos a recobrar la libertad. Yo, por mi parte, me determiné a dedicar la vida que me resta a dar con el causante de nuestra desgracia [. . .] el que expolió nuestras casas de un dinero que no sobraba para fiarlo a la suerte de unos naipes del diablo. (38)

Otro de los elementos de los que participa esta novela en su asimilación al género de capa y espada viene dado por la incursión de disfraces, el desdoblamiento de personalidades de los personajes o la aparición de personajes embozados. Todos estos elementos, a su vez contribuyen a crear intriga al lector sobre el desenlace en la trama en la cual es protagonista el personaje principal. Así en el caso de la novela que se explora en este apartado, existen numerosas situaciones donde los disfraces o

desdoblamientos permiten una multiplicidad dentro de la trama como ocurre con el caso de Robledo, quien en los primeros compases de la obra aparece disfrazado como un monje: “Del falso fraile Robledo [. . .] se presentó en el hábito que llevan los cautivos de los turcos que se han rescatado moviendo al señor Paget a apiadarse de sus desdichas” (139). Su doble avatar puede ser interpretado como uno de los espías del bando anti-católico aunque posteriormente su papel estará ligado a la historia de Forcada. Lo mismo ocurre con Forcada en las primeras páginas de la novela cuando Don Bernardino de Mendoza intentará contactar con Forcada para involucrarle en una nueva misión. Forcada, posiblemente debido a su dedicación a la diplomacia secreta, se ve obligado a utilizar diferentes avatares como se demuestra al comienzo de la trama cuando el secretario de Don Bernardino busca a Saúl—Forcada—en el París de finales del XVI. También, cabe recordar el uso de disfraces como en el caso del joven Guillaume para entrar en el castillo donde se encuentra prisionera la soberana escocesa.

Otro de los desdoblamientos que se utiliza en la novela es el que se lleva a cabo en el rescate de la reina escocesa de su cautiverio en el castillo Chartley. En una de las furtivas visitas de Guillaume de Tallenay a la reina con el propósito de intercambiar correspondencia, éste se da cuenta del tremendo parecido con Clara de Bellegarde también conocida como Claire de Chesne cuando estaba al servicio del delfín Francisco II: “pudo al fin contemplar el rostro de quien le hablaba [. . .] el rostro de la recién llegada le pareció una copia casi exacta del de la señora de Bellegarde” (297); y será a partir de este momento cuando se urda el plan de intercambiar a ambas damas

y de este modo, poder sacar a la verdadera María Estuardo del territorio británico. De hecho, el intercambio entre ambas damas se desarrolla de tal manera que el lector no es conocedor de los detalles hasta el final cuando Juan de Forcada recibe dos cartas, una misiva informándole de la condena a muerte de la soberana escocesa y otra de Clara de Chesne en la que la mujer le confiesa su final:

 Mi señor Don Martín:

 Si por infortunio esta carta llega a tus manos será señal de que habrá acontecido lo que esta noche en mi corazón temo ocurra, y así deseo desde este papel mirarme en tus ojos la postrera vez antes de que, con el favor de Nuestro Señor, El nos reúna e su Gloria y ya no me separen en adelante de ti ni la desdicha ni el mundo. (426)

Es en este momento cuando el lector será consciente de la suerte que corrió Clara al suplantar a María Estuardo quien es apresada por orden del ayudante de Sir Francis Walsingham en la cacería de Tixall. De nuevo, Carnicer no duda en incluir personajes históricos que sí tomaron parte en el curso de los acontecimientos que condenaron a María Estuardo. En el caso de Thomas Waad, este personaje buscó cualquier prueba que pudiera implicar a la escocesa. Sin embargo el emplazamiento de Tixall, históricamente alude al traslado que se hizo de la reina escocesa de la torre de Chartley a la de Tixall, propiedad de Walter Aston:

 Allí la encerraron dejándola sola en una pequeña estancia, sin plumas, tinta ni libros. Allí fue donde supo que había sido descubierta la conspiración que todos sus muebles, cofres y papeles habían sido

ocupados y que habían sido presos sus dos secretarios Nau y Curle [. . .] sometida aquella a una vigilancia más severa y a humillaciones más crueles presintió el terrible desenlace que aquello podía tener. Waad, acompañando de los agentes de Walsingham, había registrado todos los cuartos de aquella prisión real, llevándose todo, cartas, dinero, alhajas. (Dargaud 383)

Al tratarse de una novela de aventuras, Carlos Carnicer no duda en mezclar este episodio del cautiverio de María Estuardo y tergiversarlo a su gusto para que la ficción dé rienda suelta a las aventuras del espía Forcada y exista una continuidad. Además ha de recordarse que aunque se trata de un episodio que se encuentra plasmado en los anales de la Historia, la labor del novelista es contribuir en el papel de lo que pudo haber sido. No obstante, como Dargaud apunta, sí existió una conspiración tramada desde el seno de la Corona española junto a una coalición francesa para sacar a María Estuardo del archipiélago británico y de la cual María Estuardo fue acusada:

[. . .] de haber tramado con lord Paget, Carlos Paget y otros agentes una intriga que tenía por objeto su evasión, la conquista de Inglaterra y la destrucción del protestantismo por medio de los españoles; la acusó de haberse permitido transferir, en su correspondencia con D. Bernardo de Mendoza, los derechos de Jacobo IV a Felipe II sobre la corona de Isabel. (392)

Otro de los elementos que no puede obviarse en las novelas de capa y espada son los duelos entre espadachines y que como ocurre en el caso de la novela de

Forcada, es un aliciente más que imprime movimiento a la acción de la novela y permite expresar al máximo las cualidades heroicas con el hierro en aras del bien: “Forcada se acercó más [. . .] y entonces desenvainó espada y daga y arremolinó su capa en torno su brazo izquierdo [. . .] Tras chocar su hierro con el contrario, Don Juan se concedió un tiempo para estudiar con quien se las veía” (118).

Recuérdense los combates que se producen entre Forcada y Robledo o la emboscada que sufren el capitán y su ayudante a la llegada a una taberna donde varios embozados les asaltan. Este tipo de duelos viene a ser el motor principal de la acción y de las aventuras del personaje principal en las que siempre saldrá airoso y demostrará una verdadera destreza en el manejo del acero.

Retomando el discurso histórico que presenta Carlos Carnicer es imposible negar el sofisticado entramado de espionaje que elabora en la novela donde el lector no sólo aprende del sistema que Felipe II había establecido debido a sus numerosos frentes históricos sino que también, es testigo de la jerarquía que existía dentro de la diplomacia secreta española. Por ejemplo, comienza incluyendo al embajador D. Bernardino de Mendoza, quien movía los hilos de las actividades de espionaje desde la embajada francesa en la capital parisina. Una de sus competencias consistía en cifrar el correo destinado a la Corona española. Así, dentro de la novela es posible discernir el sistema de correos que permitía llegar la información hasta la sede de la Corona española. Autores como el propio Carlos Carnicer en su libro *Espías de Felipe II* han documentado la peligrosidad en este tipo de empresas ya que muchas veces llegaban a ser interceptados por la red de espionaje francesa o inglesa. De hecho también se

describe que existían varias rutas⁵ en Europa por donde iba el correo siendo la ruta que iba desde Flandes hasta España atravesando Francia una de las más peligrosas. Recuérdese en la novela de *Forcada* la emboscada que sufren el protagonista y su ayudante y que es consecuencia presumiblemente de la interceptación del correo que había enviado Clara de Bellegarde.

Una vez establecida una potente red de transmisión de información se procedía a la entrada en juego de diferentes puestos dentro de la red de espionaje. En primer lugar, existía la posición de agente⁶ cuyo papel iba más allá de recaudar información ya que en la mayoría de los casos tenía una misión preestablecida y ordenada por un representante de la Corte. Si se remite a la novela, puede verse a Forcada como un agente ya que su misión tal y como la describe D. Bernardino de Mendoza es conseguir el testamento de la reina cautiva escocesa, María de Estuardo: “Estaba claro que éste, [Mendoza] creía necesaria la participación de Saúl en inteligencias secretas, y esto obligaba a participar con suma discreción” (19). En segundo lugar, estaba el papel de espía instrumental, papel que generalmente desempeñaba el criado o los ayudantes de un espía o de una figura importante como el embajador. En la novela, D. Bernardino utiliza a sus criados para obtener información a cerca del paradero de Saúl—posteriormente Forcada—o de los ingleses que se alojan en París: “Unos cuantos billetes con el encargo esparcidos por París entre los confidentes que trabajaban para él, unos pocos criados escogidos del embajador haciendo averiguaciones en ciertos cabarets, hoteles, figones, fondas, posadas y casas de juego de la ciudad de las que frecuentaban los hombres como el que buscaba” (19).

Otra de las posiciones que se puede observar en la novela es la de *captados* quienes generalmente “eran súbditos de otra potencia que habían sido contactados por alguna de las redes de inteligencia secreta del rey de España para que trabajaran a su servicio” (Carnicer, *Espías de Felipe II* 317). En *Forcada, el secreto de la reina virgen* este tipo de posición se observa con los jóvenes seminaristas ingleses que se exiliaban a Francia con el propósito de asistir a internados católicos y se hacían espías para la causa católica de Felipe II. También, el lector puede tener en mente el episodio donde Forcada cruza el Canal de la Mancha desde el puerto de La Havre con mercaderes que resultan prestar servicio a la red de inteligencia española. El capitán del armador Benedetto Capello consigue burlar la seguridad de aduanas inglesa gracias a su prestigio y contactos dentro y fuera de la isla. El papel que jugaban los enlaces era de vital importancia para que el agente pudiera sobrevivir en su misión; en este caso, las personas encargadas de la labor de enlace estaban a cargo del hospedaje del agente y de proveer la máxima seguridad y descripción para la misión. Ya en el terreno ficcional podría verse a Clara de Bellegarde a pesar de su amistad con Forcada como una de las personas que predispone cobijo y ayuda en el trayecto de Forcada y Guillaume hacia La Havre. Igualmente ya en el territorio inglés, Forcada cuenta con todo lo necesario para pasar desapercibidos en Portsmouth pasándose como mercaderes gracias a la red de Benedetto Capello. Posteriormente, la figura de Hugh Owen al igual que la familia Southwell disponen de todos los medios para intentar entrar en el castillo de Chartley. Por último, en este apartado hay que destacar la labor del contraespionaje y que también está presente en la novela; espías que han trabajado apoyando a la

Corona española en un primer momento pero que luego por diversos motivos, traicionaban la causa española. Como describe Carnicer algunas de esas razones atendían al factor económico como el caso de pícaros u oportunistas que pagaban su información al mayor postor. Otros habían sido reclutados a camino de dos mundos, el católico y el musulmán como ocurría con los espías berberiscos que en muchas ocasiones traicionaban el sistema. Entre los dobles agentes más importantes del siglo XVI, Carnicer reconoce el papel de Martín de Acuña (347). Volviendo a la novela de Forcada, pudiera verse este formato, aunque de manera tenue, en el caso de Robledo quien en su pasado había servido a la causa española en las contiendas bélicas y que, debido al rencor hacia Forcada por su fallido rescate, no duda en ayudar a la causa inglesa.

Carlos Carnicer con su novela *Forcada, el secreto de la reina virgen* permite ofrecer un retrato histórico de la red de espionaje organizada por la Corona española en tiempos de Felipe II. Tiempos en los que la hegemonía en el continente se veía peligrar debido a los protestantes, hugonotes que se decantaban del bando de la emergente potencia inglesa liderada por Isabel I. Además, una vez desplegado el tapiz histórico, Carnicer pone en juego una valiosa pieza, Forcada, para comenzar así una serie de aventuras y poder finalmente, consumir su misión. En el desarrollo de las aventuras, es evidente la presencia de características pertenecientes al género de capa y espada que había surgido en el XIX producto de la fiebre histórica desatada por Scott y que se han desglosado en esta segunda parte de este artículo.

¹ Knight, Jesse. "Swashbuckler as serious artist: Rafael Sabatini". *The Romantist* 9-10. 1985. 1-21.

² Aunque la cita corresponde a la crítica francesa Monbert, en este caso se toma del original de Merlo Morat.

³ Tadié, Jean-Yves. (1982). *Le roman d'oven/ures*, PUF, Paris. Ver págs. 1-27.

⁴ AGS, Guerra, legajo 183, doc. 78, 28 de enero de 1599.

⁵ Carlos Carnicer describe seis rutas internacionales reconocidas dentro de la red de diplomacia secreta española; en su mayoría el entramado de arterias de comunicación se vio beneficiado por la prosperidad mercantil de las zonas por las que discurría. Para más información véase págs. 194-197. *Los Espías de Felipe II*.

⁶ Carlos Carnicer. *Los Espías de Felipe II*. Págs. 303-313.

Bibliografía

Carnicer, García C. J. Forcada: *Un espía español al servicio de Felipe II: el secreto de la reina virgen*. Madrid: Esfera de los Libros, 2007. Print.

---, and Rivas J. Marcos. *Espías de Felipe II: los servicios secretos del imperio español*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005. Print.

---, and Rivas J. Marcos. *Sebastián de Arbizu, espía de Felipe II: la diplomacia secreta española y la intervención en Francia*. Madrid: Nerea, 1998. Print.

Dargaud, Jean M. *Historia de María Estuardo*. Bogotá, 1858. Print.

Knight, Jesse. "Swashbuckler as serious artist: Rafael Sabatini". *The Romantist* 9-10 (1985):1-21.

Mata Indurain, C. "Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica". *La novela histórica: teoría y comentarios*. Ed. Kurt Spang, Ignacio Arellano & Carlos Indurain Mata. Pamplona: Eunsa, 1998. 13-64. Print.

Merlo Morat, Philippe. "El folletín moderno: El regreso de un género decimonónico."

RILCE: Revista de Filología Hispánica 16.3 (2000): 607-624.

Monbert, Sarah, "Lagardere de pere en fils ou les aventures d'un genre populaire", Le

Roman populaire en question(s), Actes du colloque international de mai 1995 a Limoges, Limoges, PULIM, 1997, 405-416.

Rubio Cremades, Enrique, "Novela histórica y folletín." Anales de la Literatura Española, 1 (1982): 269-281.

Santa, Angels. "Naturaleza del héroe en las novelas de capa y espada (Le Bossu de Paul Feval)." Theleme. Revista Complutense de Estudios Franceses 15 (2000): 143-151.

Tadie, Jean-Yves. *Le roman d'aventures*, París: PUF, 1982. Print.